

de la creación; concebirla y criarla fué para Él todo uno: cada parte de ella es la ejecución del pensamiento divino realizada en el tiempo y en el espacio. Cuanto más adelante vamos en el conocimiento de la naturaleza, dice Oswaldo Heer en su *Mundo primitivo*, más firme es la convicción que tenemos de que la fe en un Dios Criador, omnipotente y de infinita sabiduría, Hacedor del cielo y de la tierra, según un plan eterno, es la única que puede resolver los enigmas de la naturaleza inferior y superior. Levantemos en buen hora estatuas á los hombres beneméritos y sabios; pero no borremos de la memoria cuán deudores somos á Aquel que ha resumido tantas maravillas en un granito de arena, un mundo de prodigios en una gota de agua.<sup>1</sup>

El preclaro William Thomson, catódrico que fué de la Universidad de Glasgow, tomó á pechos la demostración de esta verdad en una conferencia que hizo sobre el calor, publicada en el sexto tomo de la *Revue scientifique*: en ella, examinando el enfriamiento secular del sol, su temperatura actual, el origen y la cantidad de su calorífico, coligió legítimamente que el sol no hace tantos millones de años que ilumina la tierra como suponía la moderna licencia de opinar; que, por consiguiente, el movimiento que ahora vemos ha tenido principio en el mundo; y que, en definitiva, el origen eterno de los seres es un delirio de mentes enfermas. Muy maltruchos quedaron los materialistas á la declaración de este eminente astrónomo. Hicieron punta; estalló la desazón, y aun con palabras pesadas trató el arrogante Huxley de ironizar y reconvenir la cordura del sabio Thomson: el cual, luego, en 1871, cuando le tocó ser presidente de la Asociación Británica, tuvo lugar de redimir la vejación, respondiendo con doblado brío, y decla-

<sup>1</sup> *Revue scientifique*, 1874, p. 745.

rando sin miedo que estaba pronto á recibir como artículo de fe científica, que todos los seres están debajo de la dependencia del Criador y ordenador del Universo.

La misma confesión han oído los presentes de los labios del grande astrónomo M. Faye, en su *Introducción* á la obra sobre *el origen del mundo*, en donde, alzando el vuelo sobre las mentidas afirmaciones del materialismo, exclama: «Otra cosa hay en el mundo demás de los objetos terrestres, otra cosa que no es nuestro cuerpo, otra cosa que no son los astros brillantes; hay inteligencia, hay pensamiento. Y pues nuestro entendimiento no se hizo á sí mismo, forzoso es que haya en el mundo una mente superior de que derive la nuestra. Entonces, cuanto mayor sea el concepto que de esa altísima mente nos hiciéremos, más cerca andaremos de la verdad. No corremos riesgo de engañarnos al considerar esa mente autora de todas las cosas, y al referir á ella los esplendores de los cielos que han despertado nuestro pensamiento: así abrazamos y entendemos con pronta voluntad la fórmula tradicional: Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.» Y, en otro lugar, centellando vivas luces de elocuencia, castiga las calumnias levantadas á la ciencia con estas magníficas palabras, dignas de ponderación: «Negar á Dios, es como si de lo alto se derrocara un hombre cual masa de plomo en el suelo. ¿Ser efecto del acaso los astros, maravillas de la naturaleza? ¿Nuestro entendimiento, materia que se echó á pensar por sí misma? ¿Y el hombre, tan bestial como los brutos, y como ellos vi- viendo y muriendo sin más ni más? Es falso que la ciencia haya llegado á dar de sí tan tristes negaciones... ¡Esto es lo que tenía yo que decir de Dios; sus obras tócale á la ciencia escudriñarlas y ponderarlas!»



## CAPÍTULO IX.

## LA MATERIA INFORME.

«Cælum et terram» (Vers. 1.)

## ARTÍCULO I.

La inmensidad de Dios. — Dios escoge el espacio mundial. — Pruebas que las voces *cælum et terram* tomadas á bulto significan la universalidad de la materia elemental. — Los santos Padres y Doctores contestan esta exposición.

Es la inmensidad en Dios aquel atributo que hace que en todas partes asista total y perfectamente, sin que sea ni más feliz, ni más poderoso, ni más libre en un espacio dilatadísimo que en un punto indivisible. Hínche con su presencia todo lugar, excede á toda extensión, traspasa toda medida, y abarca en el seno de su amplitud muchísimos más seres, por grandes que sean, que por guarismos puedan ser numerados. No solamente su generosa existencia se difunde por los ámbitos de este mundo; mas exige derramarse de modo por los innumerables espacios posibles, fuera, antes y después de esta anchurosa universalidad, que á la vez, por junto, ocupe todo intervalo de lugar y tiempo, y todo lo llene y colme.

Antes de salir el mundo del abismo de la nada, ninguna cosa extensa había, ni espacio real, ni lugar lleno ni vacío. Concebimos, sí, echando á vomitar el pensamiento, que á la creación de los cuerpos precedió un espacio

absoluto, inmoble, infinito, por doquier desparramado, sin realidad positiva, sólo capaz de recibir en sí extensiones reales: y también ahora imaginamos que más allá de los últimos astros se extiende sin término una capacidad dilatadísima, y que por ella puede explayarse todo un escuadrón de soles, si el divino poder así se dignare mandarlo. Este espacio imaginario<sup>1</sup> nada es en hecho de verdad: toda su entidad consiste en ser posible que allí exista cuerpo real donde le fingimos con la imaginación; en tal caso, ser imaginario y ser posible viene á significar el mismo concepto. Así concebido el espacio interminable, hemos de pensar que Dios, cuya inmensidad no se coarta por los linderos de este mundo, y que dondequiera que seres existan, allí forzosamente está para extender por el mundo la presencia de su realísima naturaleza, no había menester sino poner fuera de su esencia alguna cantidad de seres.

Así que amaneció el momento decretado en sus altísimos acuerdos, de pasar el mundo de factible á vías de hecho, dispuso Dios y trazó con el compás de su sabiduría un espacio limitado y grandísimo, capaz de alojar

<sup>1</sup> Suárez: *Metaph.*, disp. xix, li.

en sí la universalidad de las criaturas sensibles. No fué infinito el receptáculo que en aquel punto se definió, como se lo imaginaba Gassendi, sino limitado y circunscrito. Al osado Kant parecióle de tal manera infinito, que, de no serlo, Dios no habría manifestado dignamente sus divinas perfecciones. «El campo de las manifestaciones de las propiedades divinas debe ser tan infinito como esas mismas propiedades: la eternidad no basta para contener las manifestaciones del Ser Supremo, si no se junta con la infinidad del espacio: el producto de un poder y sabiduría infinita no puede reducirse á la diferencial de lo que podía producir.» Muchos autores han combatido y deshecho el falso concepto que del espacio mundano se hacía este pensador: ni hay para qué perdamos tiempo en repetir las razones que le convencen de fantástico, cuando supone realmente puesta en obra la infinita extensión. Es verdad que los grandes filósofos del siglo XVII, Arriaga, Hurtado, Vázquez, Lince, Peinado, Izquierdo, han defendido la ninguna repugnancia de la extensión infinita, y de ellos tomó Kant las razones filosóficas que prueban su posibilidad; mas ninguno de ellos osó afirmar que el espacio real en que existen los cuerpos fuese en hecho de verdad infinito, como Kant no reparó en afirmarlo.

Tampoco fué el espacio mundano parte de la divina inmensidad, como deliraba Clarke; ni el sensorio divino, como le llamaba Newton; ni un ente *sui generis*, como á muchos modernos se les antojó; ni un ente de razón, cual se lo fantaseaban los nominales; ni la propia substancia corpórea, como sospechaba Descartes; ni tampoco la misma extensión continuada de los cuerpos, como nuestro Balmes conjeturaba: nada de eso era aquel espacio

definido y especialmente deputado para contener la junta de volúmenes extensos; sino una capacidad ó posibilidad de admitir en sí, á par de receptáculo, las pesadumbres y los movimientos de las masas corpóreas: y como las cosas materiales se son ellas su lugar y espacio, la dicha capacidad en sí considerada careció de tal entidad, hasta que se le dió por fundamento la materia concreta que en aquel único y simplicísimo acto fué *ex nihilo* producida. Esta concavidad, ancha, larga, profunda, en cuyo seno actuarán los elementos y obrarán efectos las fuerzas físicas y químicas, será de hoy más el amplísimo teatro donde el Hacedor quiere ser conocido, glorificado por las criaturas racionales: no estará, pues, vacío, aunque asentado en el vacío absoluto; no será ajeno de seres, sino colmado de substancias; no ocupará lugar alguno, mas dará cabida á todo lugar. El fundamento de esta grandiosa capacidad en el orden ontológico es la misma inmensidad divina. Porque «así como la esencia divina es la primera esencia, fuente y cimiento de toda esencia; así la divina inmensidad es el primo é íntimo intervalo, origen y raíz de todos los intervalos, espacio de todos los espacios, lugar de todos los lugares, base y pie de todo espacio y lugar». Son palabras del sapientísimo P. Leonardo Lessio<sup>1</sup>; las cuales deben entenderse en cuanto el espacio halla en la divina inmensidad un especial fundamento, sin que deba decirse ser espacio la misma inmensidad de Dios.

Pues del señalamiento de este inmensurable volumen, solar de toda mole corpórea, nos habla Moisés en este primer versículo, cuando dice: *In principio creavit Deus calum et terram.* ¿Qué quiere aquí especialmente significar aquel (את הַשָּׁמַיִם וְאֶת הָאָרֶץ)

<sup>1</sup> Suárez: *Metaphys.*, disp. 11, sect. 1.

<sup>2</sup> *De divin. perfect.*, l. II, cap. II.

*calum et terram?* No es fácil cosa rastrearlo. Si se lo preguntamos á los santos Padres, algunos leyeron en la palabra *calum* (הַשָּׁמַיִם) la creación de los ángeles, y en *terram* (הָאָרֶץ) la de las cosas corporales, en parte fundados en aquello del Apóstol: «Criador del cielo y de la tierra, de lo visible é invisible». También el Concilio de Letrán decretó que «Dios, con su omnipotente virtud, al principio del tiempo juntamente hizo de nada entrambas criaturas, espiritual y corporal, á saber: la angélica y la mundana, y luego la humana, compuesta de espíritu y cuerpo». ¿Concluiremos de aquí que la voz *cielo* denomina los ángeles, y la voz *tierra* los seres materiales? No por cierto. Ya declaraba abiertamente san Agustín que «muy á menudo la santa Escritura, en la conmemoración de las dos partes, cielo y tierra, comprende el universo mundo material». Y aunque algunos Padres, y el mismo san Agustín, vertieron á veces *ángeles* por *calum*, nunca la Iglesia católica canonizó la preferencia de este sentimiento, ni hizo fuerza en semejante interpretación; siempre habló con voz suspensa y dejativa. Porque puesto caso que mantuvo á más no poder la doble creación de seres espirituales y corporales, visibles é invisibles, y de ambas hace profesión en sus Símbolos; ha tenido en todo tiempo gran cuidado en no señalar sentido auténtico á los vocablos *cielo* y *tierra*; y ya que con el timbre de este primer versículo haya solido sellar el doble objeto de su creencia, jamás ha sido su ánimo definir la potestad del texto, ni desaprobado cualquiera otro comentario. Con este salvoconducto, lícito será venir á razones para demostrar que el inspirado escritor en esta primera palabra, como en germen, encerró determinadamen-

te la creación del mundo material y sensible.

Es muy frecuente en las divinas Escrituras comprender, bajo el vocablo *haschamaim* (הַשָּׁמַיִם) toda la universalidad de las cosas, como claramente lo dicen Job<sup>1</sup>, David<sup>2</sup>, los Proverbios<sup>3</sup>, Jeremías<sup>4</sup>, Isaías<sup>5</sup>, los Reyes<sup>6</sup>, y otros seiscientos lugares: en muchos más sin número se junta con los cielos la tierra<sup>7</sup>, por razones especiales que á ello mueven al divino escritor. Si, pues, empareja aquí Moisés con el nombre *cielos* la *tierra* particularmente, es porque de la tierra más de propósito quiere tratar; no porque la considere como cosa aparte y objeto de diferente creación: prescinde de los cielos por la razón apuntada más arriba<sup>8</sup>, y pasa luego á la tierra; pero el tomarla entre manos y entresacarla del resto de las criaturas, bien significa cuánta amplitud á los cielos atribuye en este lugar. Que si atentamente lo advertimos, á dos cabezas reduciéndose las cosas que pueden ser blanco de la humana especulación; la tierra, y lo que está fuera de ella: en estos dos capítulos se contiene la entera creación, en proporción muy desigual. Cuando, pues, Moisés narra que Dios crió los cielos y la tierra, propone la creación primera de todas las criaturas terrestres y sidéreas: no nos habla en globo, por mayor, alzadamente, como epilogando de antemano en un índice las obras de los seis días, para después ir las circunstanciadamente exponiendo, según que algunos escritores discurrieron; habla precisamente de la materia elemental y primera, como de quien han de labrarse las formaciones futuras.

<sup>1</sup> IX, 8; xxvi, 13; xxxvii, 18.

<sup>2</sup> Ps. viii, 2, 4; xviii, 2; xcv, 5.

<sup>3</sup> VIII, 27.

<sup>4</sup> II, 2.

<sup>5</sup> XL, 12, 22.

<sup>6</sup> Lib. III, viii, 27.

<sup>7</sup> Deut., xxxii, 1.—Is., 1, 2.—Jerem., xxiii, 24.

<sup>8</sup> Cap. v, art. 1.

<sup>1</sup> *Coloss.*, 1, 16.

<sup>2</sup> *Quaest. in Hebr.*, v. 5.

<sup>3</sup> *Contra adv. leg. et prophet.*, 1, 10.

<sup>1</sup> *Théorie du ciel.*, p. II, chap. VII.

La razón de esto es, porque aquí se pregona la creación *ex nihilo*; en el siguiente versículo, presupuesta la materia en su ser, describese su estado de hueca hinchazón y preñez; en los restantes pónense ante los ojos el catálogo de cosas fabricadas. Que sea este el sentido más obvio y natural parecióle al expositor P. Patrizzi, y así dice: «Es cierto que *cielo* no puede decirse de la formación de los cuerpos celestes que se fraguaron en el cuarto día; y esto basta para afirmar que tampoco *tierra* es en este versículo el esferoide con la forma que hoy tiene y que en el tercero día recibió. Por eso, acostumbrando los judíos llamar *cielo* y *tierra* la totalidad de las cosas, y no pudiendo en la sentencia de Moisés denotar estas dos palabras las mismas cosas formadas, es fuerza concluir que significan la materia de ellas, y que la materia y substancia material es lo que quiso Moisés entender<sup>1</sup>.» Que los judíos así lo expongan, como este doctísimo comentador, es testigo el rabino Wogue, apostillando el texto de la manera siguiente: «No sin madura reflexión traducimos *bará* (ברא) por el pluscuamperfecto *había criado*: así se ataja más de una dificultad. Significa que Dios empezó criando el universo en masa en estado de caos, sin formación; y que después fué modelando la materia, y fabricándola por volúmenes sucesivos: es inexacto decir que el mundo fué criado en seis días ó épocas: lo fué instantáneamente<sup>2</sup>.»

Veamos ahora cómo comentaron los santos Padres y Doctores esta misteriosa palabra. Dos campos contrarios formaron, como queda dicho, las escuelas antioquena y alejandrina, sosteniendo ésta la creación simultánea de los reinos naturales, y defendiendo aquélla la creación sucesiva por partes

<sup>1</sup> De Interp. Scriptur., l. II, q. 1.  
<sup>2</sup> La Bible, chap. 1, v. 1.

distintas y ordenadas. Levantó la bandera Filón<sup>1</sup>, siguiéronle Clemente Alejandrino<sup>2</sup> y Orígenes<sup>3</sup>; san Atanasio<sup>4</sup> convino en parte, san Hilario<sup>5</sup> parece que aplaudió; pero quien dió más nombre á la creación simultánea fué san Agustín, á cuyo dictamen defirieron por respeto y razón santo Tomás<sup>6</sup>, Alejandro Alés<sup>7</sup>, Alberto Magno<sup>8</sup>, Cayetano<sup>9</sup>, Eugubino, y otros pocos más Escolásticos. La creación sucesiva tuvo por defensores la gran parte de los Padres y Doctores, san Efrén<sup>10</sup>, san Crisóstomo<sup>11</sup>, san Gregorio Nazianceno<sup>12</sup>, san Basilio<sup>13</sup>, san Ambrosio<sup>14</sup> (san Juan Damasceno<sup>15</sup>, san Gregorio Magno<sup>16</sup>, Procopio de Gaza<sup>17</sup>, Juan Filopono<sup>18</sup>, Severiano<sup>19</sup>, Teodoro de Mopsuesta, Teodoro<sup>20</sup>, el venerable Beda<sup>21</sup>, Ruperto<sup>22</sup>, Pedro Lombardo<sup>23</sup> y casi toda la flota de doctores Escolásticos. Estas dos escuelas, si son irreconciliables en algunos puntos de doctrina, en uno convienen principalmente, en la creación simultánea de la materia cósmica antes de la formación de las cosas; es á saber, en interpretar el primer versículo del Génesis de la materia elemental. Detengámonos á

<sup>1</sup> Lib. 1, Allegor.  
<sup>2</sup> Stromat., l. vi.  
<sup>3</sup> De Princíp., IV, cap. II.  
<sup>4</sup> Orat. II Contra Arian.  
<sup>5</sup> L. XII, De Trinit.  
<sup>6</sup> I p., q. LXXVII.—De potentia, a. 1, 2.  
<sup>7</sup> II p., q. XLV.  
<sup>8</sup> In II, dist. XII, a. 1.  
<sup>9</sup> In Genes.  
<sup>10</sup> Comment. in Genes.  
<sup>11</sup> In Genes., hom. II.  
<sup>12</sup> Orat. XLV.  
<sup>13</sup> In Hexamer., homil. I.  
<sup>14</sup> Hexamer., lib. I.  
<sup>15</sup> De fide orbis., lib. II.  
<sup>16</sup> Moral., l. XXXII.  
<sup>17</sup> Comment. in Genes.  
<sup>18</sup> De mundi creat.  
<sup>19</sup> De mundi creat., or. I.  
<sup>20</sup> Quæst. in Genes.  
<sup>21</sup> Comment. in Genes.  
<sup>22</sup> In Genes.  
<sup>23</sup> In II, dist. XII.

citar algunos testimonios de sus escritos.

Sea el primero san Gregorio Nazianceno: dice así: «Crió Dios primeramente la materia, y revistióla después de formas dando á cada ser figura, dimensiones y asiento en el Universo<sup>1</sup>.» «Todo fué criado al principio cuando el mundo actual no existía: todo era confusión y desorden, y aguardaba una mano y potencia ordenadora<sup>2</sup>.» Consuena san Gregorio Niseno, diciendo: «Cuando Moisés dice que el mundo fué criado en el principio, indica la creación de todas las causas, de todos los principios, de todas las fuerzas en un mismo instante: de suerte, que la substancia de todos los seres, como semillero universal, brotó al primer impulso del acto creador.» —«Moisés no va fuera de camino en afirmar que todo fué producido de una vez cuanto á la materia, y que los cuerpos distintos se fabricaron después con orden y tiempo en el espacio señalado<sup>3</sup>.» Allégase san Hilario por estas palabras: «Aunque la consolidación del firmamento, la desnudez de la tierra, el amontonamiento de las aguas, la constitución de los astros, la generación de los animales tienen, según Moisés, su propio lugar en la sucesión de los días; pero la creación del cielo y de la tierra y demás elementos no se distinguen un punto<sup>4</sup>.» Acota con ellos san Basilio: «Al decir cielo y tierra, Moisés designa la substancia de todo el Universo<sup>5</sup>.» Conteste es san Crisóstomo: «Ayer mostramos, si os acordáis, cómo el bienaventurado Moisés, refiriéndonos el origen de estos visibles elementos y la fábrica de ellos, dijo: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra: y la tierra era in-

visible y descuadrada. Y os dimos la razón de por qué crió Dios la tierra informe y desfigurada.... Pues cuando la informidad grande del mundo visible estaba despararrada, Dios con su imperio la despojó de aquella fealdad, y produciendo la inmensa hermosura de la luz visible, arredró y ahuyentó las tinieblas sensibles y todo lo llenó de resplandor<sup>6</sup>.» Con igual claridad san Gregorio, Papa: «La substancia de las cosas fué criada de una sola vez; pero las especies no recibieron sus formas por junto: lo que existió en el acto cuanto á la materia, no pareció en el acto en su forma específica<sup>7</sup>.» En lo mismo estuvo san Ambrosio: «El hábil Artífice echa primero el fundamento, después sobre el fundamento distingue las partes del edificio, y al fin añádele el ornato. Y así, echado el fundamento de la tierra, y asentada la substancia del cielo, que son como los dos puntos cardinales de las cosas, *cardines rerum*, añade, la tierra era inane y desaliñada<sup>8</sup>.» San Euquerio, ó quienquiera que sea el autor de un antiguo comentario del Génesis, publicado por Migne<sup>9</sup>, dice, de conformidad con san Agustín: «Era informe la materia, porque todavía no habían sido formados de ella los cielos y la tierra, ni las demás cosas que restaban. Y esta materia, hecha de nada, fué primero que las cosas que de ella fueron hechas (*præcessit res ex se factas*).» Ni disiente el venerable Beda cuando escribe: «La Escritura dice: el que hizo el mundo de materia informe. Pero la materia fué hecha de nada, y el espectáculo del mundo se hizo de la informe materia (*mundi species de informi materia*)<sup>9</sup>.» San Jerónimo, como no haber tratado de asiento los

<sup>1</sup> Orat. XLIV, cap. IV.  
<sup>2</sup> Orat. II, cap. LXXXI.  
<sup>3</sup> In Hexamer. liber.  
<sup>4</sup> De Trinitate, l. XII.  
<sup>5</sup> Hom. I in Hexamer.

<sup>6</sup> Hom. II in Genes., cap. I.  
<sup>7</sup> Moral., l. XXXII, cap. XII.  
<sup>8</sup> Hexamer., l. I, cap. VII.  
<sup>9</sup> PP. Latin. curs. compl., vol. I, p. 894.  
<sup>9</sup> In Pent. Comm. in Genes., cap. I.

enigmas de la creación, en la carta á los Efesios <sup>1</sup>, dice: «El hombre nuevo que, según Dios en Cristo fué criado, es la grande obra que resplandece entre todas las criaturas; pues dícese haber sido hecho como un mundo y principio de los caminos de Dios, y en el principio de todos los elementos.» Sobre cuyas palabras el P. Clemente Schrader extiende este comentario: «Adviertan bien, dice, estas palabras de san Jerónimo aquellos que disputan de la composición de los cuerpos y de la materia prima. San Jerónimo pensó aquí que concuerda bien con la razón y con la revelación aquella sentencia, que pone á Dios criando al principio la suma de todos los elementos, ora fuesen las substancias simples de por sí y por su naturaleza completas, ora las que incompletas debieran formar todas las demás por vía de unión ó composición <sup>2</sup>.»

Los Padres que acabamos de citar entendieron en los vocablos *caelum et terram* la materia elemental, informe y en vía de formación. Dejemos en silencio á san Teófilo <sup>3</sup>, á san Cirilo Alejandrino <sup>4</sup>, á Orígenes <sup>5</sup>, á san Efrén <sup>6</sup>, á Juan Filopono <sup>7</sup>, á san Julián de Toledo <sup>8</sup>, á san Panteno <sup>9</sup>, á san Odón <sup>10</sup>, los cuales, aunque no en todo pensasen lo mismo, convinieron en ver encerrada en la *caelum et terram* la creación de la materia primordial y rudimentaria.

Más: los Padres declararon que en este primer versículo se expresaba la universalidad de la materia. Así Ta-

ciano <sup>1</sup>, san Cesáreo <sup>2</sup>, san Filastro <sup>3</sup>, san Euquerio <sup>4</sup>, san Isidoro <sup>5</sup>, enseñaron que la materia informe sirvió para producir todas las cosas celestes y terrestres, y que siendo una en la substancia, se diversificó después tomando formas particulares. Por esta senda entraron en el siglo X san Bruno fundador <sup>6</sup>, san Anselmo <sup>7</sup>, san Bruno de Asti <sup>8</sup>, Honorato de Autun <sup>9</sup>, Abelardo <sup>10</sup>, Herveo <sup>11</sup> y otros.

## ARTÍCULO II.

San Agustín enseñó claramente la creación instantánea de toda la materia informe.—Muchos doctores Escolásticos con el Maestro de las Sentencias, y en particular santo Tomás, siguen á san Agustín.—Los Escolásticos del siglo XVI desestimaron esta sentencia.—Suárez favorece á la materia informe de san Agustín.

**P**ERO quien más conocida raya hizo, y más ingeniosamente expuso y defendió con más brío esta sentencia, fué el glorioso san Agustín, ostentando la fuerza de su talento en estas delicadísimas cuestiones. Estableció que toda la materia de los cuerpos celestes y terrestres, simples ó mixtos, fué criada informe y sin cultura, y que no sólo fué significada por Moisés en el nombre de la tierra, mas también de cielo; pues que de ella el cielo y la tierra habían de originarse en lo sucesivo. En el libro XII de las *Confesiones* <sup>12</sup>, dice así: «Tú, Señor, hiciste el mundo de materia informe; y ésta la hiciste de ninguna

cosa; de ella habías de formar las grandes cosas que atónitos contemplamos los hijos de los hombres.» En otra parte escribe: «La primera materia hizose confusa é informe; de ella todas las cosas fueron hechas, que son distintas y formadas; creo que los griegos la llaman caos <sup>1</sup>.» En el capítulo VII ilustra el mismo asunto con nuevas luces. «Aquella materia informe, que Dios sacó de la nada, llamóse primeramente cielo y tierra, y se dijo: *In principio creavit Deus caelum et terram*. No que ya lo fuese; pero eso debía ser. Porque luego se escribe que fué hecho el cielo... Á la manera que, si considerando la semilla de un árbol, dijéramos que en ella está la raíz, la fuerza, los frutos, las hojas; no que estén, pero estarán; así también se dijo: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*, como la semilla del cielo y de la tierra, pues la materia del cielo y de la tierra estaba aún en estado de confusión; mas porque era cierto que de ella había de hacerse el cielo y la tierra, la misma materia se llamó cielo y tierra.»

Así sentía, así escribía esta lumbre clarísima de la Iglesia católica. No dejaron de murmurarle la opinión algunos escritores de su tiempo: más adelante insinuó otros sentidos que podían caber en este lugar del Génesis, como procuraba acallar los ánimos y sazonar los desabrimientos. Pero nunca se logró de él que retractase su dicho; siempre estuvo en que Dios había criado la materia informe, y que en ella resumía Moisés *los cielos y la tierra*. Lo más que pudieron recabar los émulos de este incomparable ingenio fué que admitiese que la informalidad de la materia no precedió en tiempo, sino sólo en naturaleza, á la hechura del mundo visible. De aquí proviene la confusión de conceptos que en

algunos lugares de sus obras se nota. Porque en unas campea la materia informe en sentido absoluto; y así dice: «No hay que creer mala la materia por ser informe, sino buena por ser formable, conviene á saber, capaz de formación» (*quia formabilis, id est, formationis capax*) <sup>1</sup>. En otros guarda más crudeza y rigor, como cuando sustenta la creación simultánea absolutamente de la materia y de las cosas (*simul utrumque Deus fecit, et materiam et res*) <sup>2</sup>, y las distingue sólo en el orden real y lógicamente.

Lo hasta aquí expuesto, omitiendo las interpretaciones y conceptos de los Padres y Doctores respecto de la naturaleza del cielo y de la tierra, demuestra muy á la clara que en una cosa concuerda buen número de ellos, y es que primero sacó Dios la materia del abismo del no ser, y que después la fué disponiendo con la fuerza de su infinita potencia, para de ella fabricar los seres que hermosean la máquina del universo. Esto discurren los claros luceros del Catolicismo, sin que la Iglesia pusiera entredicho á su libertad de opinar. Y aunque Moisés no apellidó la materia por su nombre, harto claro insinúa que por cielo y tierra no entiende las cosas que ahora tenemos á la vista; cuanto y más que, como advierten los comentadores, apenas posee el tesoro de la lengua santa vocablo que tenga poder de representar la que nosotros llamamos materia elemental. Si, pues, por sucesivos tiempos fué Dios fabricando las cosas que componen el cielo y la tierra, ¿cómo diremos que en el primer esfuerzo de su brazo sacó á luz, dió forma, y perfectamente ordenó y embelleció la universal creación? Y puesto caso que no faltan autores <sup>3</sup> que juz-

<sup>1</sup> Adv. leg. et proph., I, 18.

<sup>2</sup> De Genes. ad III.

<sup>3</sup> STRUPPIUS: Tract. de Deo uno, thes. XXXV.—

GLAIRE: Les livres saints tégés, t. I, p. 17.

<sup>4</sup> De Genes. contra Manich., I, I, cap. V.

<sup>1</sup> IV, 23.

<sup>2</sup> De Deo Creato, comment. I, p. 149.

<sup>3</sup> Ad Autolye., lib. II.

<sup>4</sup> Contra Julian., lib. II.

<sup>5</sup> Comment. ad Rom., cap. IX.

<sup>6</sup> Hexamer., hom. I.

<sup>7</sup> De mundi génese., cap. V.

<sup>8</sup> Ex lib. Genes., interrog. I.

<sup>9</sup> Exposit. vet. et nov. Test. Super Genes., lib. I.

<sup>10</sup> Epist. Mor. S. Gregor.: in Job., lib. XXXII.

<sup>1</sup> Contra Grac. oratio

<sup>2</sup> Dialog. I.

<sup>3</sup> Lib. de heres., hier. xcv.

<sup>4</sup> Comment. in Genes., lib. II.

<sup>5</sup> Different., lib. III.

<sup>6</sup> Ad hebr., cap. XI.

<sup>7</sup> Monolog., cap. VII.

<sup>8</sup> Exposit. in Genes., cap. I.

<sup>9</sup> De Philo. mundi., lib. I.

<sup>10</sup> Expos. in Hexamer.

<sup>11</sup> Ad Hebr., cap. XI.

<sup>12</sup> Cap. VII.

guen que *cielo y tierra* en este versículo no son más que cifra y un como epílogo anticipado ó digamos prólogo de la narración entera del Hexámeron, los exégetas modernos, siguiendo á san Agustín y á los Padres arriba citados, tienen la contraria como más allegada á la razón y más conforme al sentido general del capítulo <sup>1</sup>.

Veamos ahora cómo encauzó la Escuela la doctrina de los Padres. En verdad, viéronse los doctores teólogos muy embarazados y perplejos, sin acertar á cuál de las dos partes prestarían asentimiento. El Ven. Beda, aunque anduvo fluctuando en su opinión, al fin vino á confesar que las dicciones *tierra, agua, abismo*, no designan las cosas que ahora vemos, sino «aquella materia informe sobre la cual era llevado el Espíritu de Dios» <sup>2</sup>. Á su discipulado pertenecieron el abad Alcuino <sup>3</sup>, Rabano <sup>4</sup>, Walafrido <sup>5</sup>, Wicbodo <sup>6</sup>, Haimon de Alberstadt <sup>7</sup>, Remigio de Auxerre <sup>8</sup>, Hugo Victorino <sup>9</sup>, Ricardo Victorino <sup>10</sup>; todos ellos repetían que la materia informe se llamó cielo y tierra, no porque lo fuese de veras, sino porque podía recibir forma de tal. Sin embargo, desde el Ven. Beda comenzó la confusión que reinó hasta el siglo pasado. Él y sus discípulos pretendieron, siguiendo á Tolomeo, colocar la tierra en el centro del mundo, considerando su núcleo de masa espesa (*limosa manebat*) y rodeado de los otros tres elementos (agua, aire, fuego), formando en torno una niebla delgadísima (*in modum*

*cujusdam nebulae*), que abarcaba el ámbito de todo el universo.

Estas ideas heredó el Maestro Pedro Lombardo. El cual, expuestas sucintamente las opiniones encontradas, manifiesta la suya de la manera siguiente: «Conforme á esta tradición, contemplemos el orden y manera de la creación y formación de las cosas. En el principio crió Dios el cielo, es á saber, la naturaleza angélica, pero informe aún, como algunos prefieren; y la tierra, es decir, aquella confusa materia de los cuatro elementos, que con nombre de tierra, dice Agustino, la llamó Moisés, por ser la tierra la menos hermosa entre todos. Y era ella vana y deshecha, á causa de la mezcla de todos los elementos. Llámala también abismo, diciendo: *Tinieblas habla en la faz del abismo*, porque era confusa y mezclada, y sin aspecto determinado. Llamóse asimismo agua, sobre la cual era llevado el Espíritu del Señor, al modo que la voluntad del artífice señorea las cosas que ha de fabricar, porque estaba sometida á la buena voluntad del Criador la materia que había de servir para formar y perfeccionar. El Señor y Hacedor presidía á la fluida y confusa materia (*fluitanti et confusae materiae*) para distinguirla en varias especies cuando quisiese y como quisiese. Por esta razón llamóse *agua*, porque todo lo que en la tierra nace, animales, árboles, hierbas y cosas semejantes, empiezan á formar y nutrirse del humor acuoso. Con todos estos vocablos se apellidó aquella materia informe, para que una cosa desconocida con palabras conocidas se insinuase á los más rudos, y no con una solamente. Porque si con una palabra se hubiese significado, juzgaran los hombres que la materia es aquello que comúnmente se entiende por ese nombre. Pues con estas voces fué significada aquella materia confusa é informe, que ningún

aspecto tenía, ni podía verse ni tocarse; conviene á saber, con nombres de aquellas cosas visibles que de ella habían de fabricarse. Y entonces eran *tinieblas*, á saber, ausencia de luz. Porque las tinieblas no son algo, sino falta de luz. Como el silencio no es cosa; sino que donde no hay sonido, dicese silencio. Y desnudez no es nada; sino que cuerpo sin vestido llámase desnudo. Así también inane se llama el lugar donde no hay cuerpo; *inánitas*, ausencia de cuerpo.

» Antes de tratar del primer día, dos cosas se ofrecen. Primero, por qué la materia confusa se dice informe: segundo, dónde se produjo y que extensión tuvo. Á lo primero decimos brevemente que la primera materia no se llamó informe porque careciese de toda forma, pues no hay cosa corpórea que carezca de ella; sino porque, subsistiendo en cierta confusión y mezcla, todavía no había recibido la forma hermosa, visible y distinta que ahora tiene: por lo cual fué hecha en forma de confusión antes de la forma de disposición. En la forma de confusión todas las cosas corporales fueron primero criadas materialmente por junto en el acto, después ordenadas en seis días en forma de disposición.

» Ahora, ¿dónde fué criada la materia y qué extensión tuvo? Á esto afirmamos sin temeridad, que aquella primera masa de todas las cosas salió á luz allí mismo donde ahora subsiste formada. Y este térrico elemento era subsistente en un mismo lugar y en el centro, en tanto que los otros tres mezclados y confusos andaban desparrazados alrededor á modo de neblina, y de tal manera la envolvían, que no podía parecerse lo que después fué (*eisdem elementis circumquaque in modum cujusdam nebulae oppansita obvolutum erat, ut apparere non possent quod fuit*). Y aquellos tres elementos (agua, fuego, aire), suspensos

por todas partes en una confusa mezcla, se extendían y dilataban hasta los límites adonde alcanza en el día de hoy lo más extremo de la naturaleza corpórea; y como á no pocos parece, allende el firmamento se derramaba aquella masa; que en la parte inferior era más gruesa y densa, y en la superior era más rara y liviana y sutil. De esta más tenue substancia piensan algunos que fueron las aguas que se dicen estar sobre el firmamento. Tal fué el aspecto del mundo en el principio, antes que recibiese forma y disposición.»

Hemos querido trasladar cuan largo es este precioso artículo del Maestro Pedro Lombardo, para que se entienda cuán arrimado tenía su parecer al de los Padres arriba citados. Quita al vocablo *cielos*, en verdad, la propiedad material dándole sentido espiritual; pero la *Tierra* la mira informe y muy de primera mano; y tanto *cielos* como *tierra* los desnuda de su literal y concreta significación. La exposición de Pedro Lombardo es refutación táctica de las enseñanzas de Beda y de sus discípulos, es el triunfo de las ideas de san Agustín, es la continuación de la doctrina tradicional. Con más entereza que él supo san Buenaventura dar el golpe de gracia al sistema introducido por Beda, enseñando que la tierra bíblica no era el elemento térrico, sino que *caelum et terram* eran ni más ni menos la materia informe, no privada totalmente de forma, sino dispuesta á tomar formas varias y á engendrar todo linaje de cuerpos <sup>1</sup>, según que en su lugar se dirá.

La misma sentencia sustentó el Tostado, gran lumbrera de sabiduría, declarando que «la materia no fue hecha, sino criada: de ella formados el cielo y la tierra y cuanto en ello se comprende» <sup>2</sup>. Adviértase que el Tostado

<sup>1</sup> Sent., lib. II, dist. XII, a. 1, q. 1.

<sup>2</sup> Comment. in Exod., cap. XX, quest. XV.

<sup>1</sup> ARDUN: *La relig. en face de la science*, I, p. 1<sup>re</sup> leçon.—PALMIERI: *Tract. de Deo Creatore*, p. 23 seq.

<sup>2</sup> *Hexamer.*, lib. I.

<sup>3</sup> *Quaest. in Genes.*

<sup>4</sup> *Hexamer.*

<sup>5</sup> *Glossa ordina. Genes.*, cap. I.

<sup>6</sup> *Liber Quaest. super Genes.*

<sup>7</sup> *Ad Hebr.*, cap. XI.

<sup>8</sup> *In Genes.*, cap. I.

<sup>9</sup> *De Sacram. legis natur.*

<sup>10</sup> *Exception.*, para. I, lib. II, cap. VI.

y Caterino admitieron la creación del cielo empíreo y de la materia informe, significada por Moisés en el nombre de *tierra*, concediéndola forma corpórea indiferente á otra cualquiera. No así otros, que solamente admiten la materia dotada de extensión, sin forma substancial y accidental, fundados en san Agustín, que dijo: «¿Acaso no me enseñaste, Señor, que nada existía antes que diesses forma y ennoblecieses á esa materia informe? Ni color tenía, ni figura, ni cuerpo, ni espíritu, ni tomo alguno, y, con todo, algo era.» También el abad Ruperto, á la propuesta «¿por qué no dijo Dios hágase el cielo, hágase la tierra, imponiéndoles como á la luz su soberano imperio?», entre otras razones, da esta: «Para que ninguno sospechase que Dios había hecho las especies y formas de las cosas, y diесе en imaginar que la materia principal de que todas fueron fabricadas era eterna, y no hechura de su poderosa mano».

Santo Tomás de Aquino, que nunca supo reñir con los campeones de la ciencia, y cuando no osaba seguirlos explanaba ó interpretaba benignamente sus dictámenes, trató de conciliar ambos extremos y hacer amigable consorcio entre platónicos y aristotélicos. Al ver con cuánta libertad volaban por el campo de la teología plumas tan aceradas como las de sus maestros en el saber, no dudó en abrazar sus enseñanzas, sin definir á punto fijo cuál de ellos tenía razón. «Por creación, dice, entiéndese la producción de la materia informe<sup>1</sup>»; y en vez de desestimar esta definición, la da por bien asentada, y conforme á ella resuelve las objeciones en contra. Añade luego: «Otros dicen que debajo del

nombre de tierra suele comprender la Escritura todos los cuatro elementos<sup>2</sup>; y tampoco nota este parecer, que es contrario al de san Agustín. Y así prosigue casi copiando á san Agustín y al Maestro Lombardo: «Así como el amor del artífice se ceba en alguna materia para con ella fabricar su obra; así el espíritu de Dios, como el amor, se cernió sobre las aguas, en cuanto por agua se entiende la materia informe.»—En la cuestión LXVI, a. 1, dice: «Expresó el divino Escritor la informidad del cielo al decir: *tinieblas eran sobre la faz del abismo*; y la informidad de la tierra diciendo: *la tierra era inane y vacía*.»—Explica más abajo una dificultad que resulta de la doctrina de san Agustín. Había afirmado, como dijimos, el Doctor africano que «la primera materia se había fabricado confusa é informe, para que de ella saliesen todas las cosas formadas; y que se llamó cielo y tierra, no porque ya lo fuesen, sino porque lo habían de ser después<sup>3</sup>»; mas en otro lugar parecía enseñar lo contrario<sup>4</sup>. Responde, pues, santo Tomás, que, según san Agustín, la materia primera no tuvo forma como ahora tiene, sino forma distinta; pero que «la informidad no precedió en tiempo á la formación: aunque otros santos, dice, tienen que la informidad de la materia corporal fué anterior á la formación y distinción<sup>5</sup>».

Además, tenía bien asentada en su ánimo la doctrina de la diferencia entre la materia celeste y terrestre. «No es una misma la materia corporal celeste y la de los elementos<sup>6</sup>; aquella es incorruptible, ésta corruptible; aquélla no puede variar de forma, y ésta sí; ni importa para el caso, sea

<sup>1</sup> In *Genes*, cap. 1.

<sup>2</sup> MARSILO: *In II*, quest. viii, a. II.—GABRIEL: *II*, dist. xii, q. 1.

<sup>3</sup> De *Trinit.*, l. 3.

<sup>4</sup> l p., q. LXXIV, a. II.

<sup>1</sup> De *Genes. contra Manich.*, l. 1, cap. vii.

<sup>2</sup> *Contra adv. leg. et prophet.*; De *Genes. ad litt.*, l. 1, cap. xv.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> l p., q. LXVI, a. II.

cual fuere la forma, ora ánima, ora cosa cualquiera; mas de tal manera la dicha forma perfecciona la materia celeste, que ya no le queda potencia, *ad esse sed ad ubi tantum*, para ser, sino sólo para, como dice Aristóteles, situarse. Palabras ingeniosas, que expresan bien la distinción entre las voces cielo y tierra, ó sea entre las materias de ambos elementos. La doctrina de los cielos incorruptibles es digna de atención, como luego veremos, y sosteníanla muchos de la Escuela contra los platónicos y no pocos escritores eclesiásticos.

Esta es la corriente opinión de los maestros de la Escolástica, en consonancia con el Maestro de las Sentencias. No importa que en el siglo XVI un Molina<sup>1</sup> rechazase no pocas de estas proposiciones, ni que á un Suárez<sup>2</sup> se le hicieran dificultosas y recias, y que un Arriaga no viese bastante fundamento para sacar conclusión<sup>3</sup>; pero no faltaron Doctores que les concediesen su grado de probabilidad<sup>4</sup>, debiendo confesarse que las diferencias nacían más del sistema de ideas que cada cual acariciaba, que de la cuestión considerada en sí misma. Porque el P. Benito Pereira engalanaba el texto del Exodo con este comentario: «Aunque antes del día primero, el cielo y los elementos fueron hechos cuanto á la substancia, no fueron acabados y terminados del todo sino es en el espacio de los seis días en que recibieron ornamento y perfección<sup>5</sup>.» También el P. Petavio, con ser patrocinador de la sentencia que lee en el primer versículo la recapitulación de todas las obras<sup>6</sup>, no deja de afirmar que en los

seis días el cielo y la tierra recibieron alíño y perfección.

Si compulsamos en su conjunto la enseñanza del eximio Doctor Suárez, que es acaso, después de santo Tomás, el filósofo más escolástico de los escolásticos, nos convenceremos de cuánto se allega á la sentencia de la materia informe. Según él, en el acto de la creación primordial hizo Dios de nada los cielos y los elementos con sus propiedades esenciales, «porque los elementos, decía, y los cielos son cuerpos simples, pertenecientes á la constitución del mundo, y así quiso Dios criarlos ante todas las cosas...

Fuera de que es como connatural á los simples el ser hechos por vía de creación, pues el uno no es materia del otro, y por eso cada cual y todos juntos vinieron del no ser al ser<sup>7</sup>». Colegía Suárez de este principio que los elementos fueron criados con todas y con solas las propiedades connaturales, cantidad, figura, gravedad, densidad, rareza y otras que llamaban cualidades activas; y que de estos principios había de florecer la hermosura de las cosas. De aquí pasaba á conceder que en aquella primera obra hubo una cierta formación, y una cierta informidad, distinguiendo informidad substancial y accidental. Como la materia no pudo existir sin poseer alguna forma particular, los elementos ofrecíanse vestidos de traje común y desaliñado; mas como debían servir con su asistencia á la generación de las cosas, podían mudar de aspecto y tomar otro diferente; y aquí con razón llamó Suárez informe la materia, pues carecía de aquella hermosura y variedad que concurren en las substancias corpóreas, y al par materia no infor-

<sup>1</sup> L. 1, De celo.

<sup>2</sup> De *op. sex dier.*, disp. iv.

<sup>3</sup> De *op. sex dier.*, l. II, cap. iv.

<sup>4</sup> Disp. xxx, sect. II.

<sup>5</sup> P. VALENCIA: De *Creat. corp.*, disp. v, q. II, p. II.

<sup>6</sup> *Comm. in Genes.*, cap. 1, v. 4.

<sup>7</sup> De *opif. sex dier.*, l. 1, cap. II.

<sup>1</sup> *Ibid.*, cap. xiv.

<sup>2</sup> GARD. ZEPHERINO GONZÁLEZ: *Hist. de la filosofía* t. II, § 127.

<sup>3</sup> De *Op. sex dier.*, l. 1, cap. x.

me, pues tenía su forma substancial que la actuaba en su ser de materia'. De esta manera trató el Eximio de componer á san Agustín con los otros Padres, emulando el ejemplo de santo Tomás, y otorgando que san Agustín habló de la informidad substancial, los otros de la accidental.

Sin embargo, en más estuvo que en eso la diferencia: porque san Agustín llegó á negar toda suerte de informidad, admitiendo la creación simultánea; empero, pues anduvo fluctuando y envuelto en grandes olas de dudas, también abrazó la informidad primera y las formaciones posteriores, como hemos advertido arriba. Lo que más nos importa aquí reparar es cómo Suárez, y otros muchos con él, que notaron de *durissima* y *minime recipiéndola* la exposición de san Agustín, y tenazmente sostuvieron que *cielo, tierra, agua*, deben sonar las substancias propias, específicas y formales de estos seres; y que Dios las crió en su perfección é integridad; reconocían lisamente tres cosas: primera, que las razones filosóficas hacían poca fuerza (*cogentes non sunt*), para probar el intento; segunda, que por materia informe no es permitido entender la materia prima escolástica desnuda de forma; tercera, que los elementos primitivos fueron invisibles y desaliñados. Estos tres otorgamientos aproximan mucho el dictamen de Suárez á la sentencia que pretendemos declarar.

De aquí, en recambio, podemos inferir cuánto va de materia prima á materia informe. «Considero la materia (prima) como una cosa tenuísima, impalpable y hasta informe, ó acomodándome en lo posible al lenguaje científico moderno, por más que sea impropio, como una especie de fluido

<sup>1</sup> *Ibid.*, cap. vii.  
<sup>2</sup> *Ibid.*

imponderable, elevado á un grado inconcebible de sutileza; pues es notorio é indudable que la materia, en cualquiera de los estados en que la consideremos, escaparía á la acción de nuestros sentidos, si la fuerza no viniese á darle plasticidad y configuración especial'. Quien así discurre, quien así habla, se despiden en hecho de verdad del concepto metafísico de la materia escolástica, por más que anhele propugnarla. Sin duda la materia prima, en opinión de este erudito, será el *éon* imaginado por Leray, de que diremos en su lugar. El glorioso san Agustín, que en sus *Confesiones* había negado toda forma á la materia elemental, se la concedió más adelante, diciendo: *formatam quippe creatam materiam*.

Cerremos esta controversia con el juicio del elocuentísimo Bossuet, celebrado por sus *Elevaciones*, que en una de ellas dice: «Quiso Dios que se insinuase generalmente el diseño de su obra aun antes de mostrarnos la perfección de ella; y después de hacer el fondo y como los rudimentos del mundo, fué su voluntad fabricar el ornato con sus progresos diferentes, que le plugo llamar seis días'. Al lado del ilustrísimo Bossuet es de gran peso el dictamen del docto y profundo escritor P. Schrader, en esta forma: «Del versículo siguiente consta que la *tierra* era informe y ruda, sin forma ni talle; y del *cielo* digamos otro tanto. Pues cuando se dice que Dios hizo el cielo y la tierra, no del ornato y formas del mundo, sino solamente de la substancia y primera materia puede la frase entenderse'».

<sup>1</sup> MIGUEL AMER: *Dios y el Cosmos*, 1889; cap. I, p. 101.

<sup>2</sup> *Lib. II*, cap. xiv.

<sup>3</sup> *De Genes. ad lit.*, lib. I, cap. xvi.

<sup>4</sup> *Eléon*, sem. III, 5.<sup>a</sup>

<sup>5</sup> *De Deo Creatore*, L. I, p. 177.

## ARTÍCULO III.

Los modernos, con el P. Pianciani, quieren que Dios crió al principio la substancia esencial del universo sensible.—Resúeltense algunas dudas, y esfuézanse algunas razones á este propósito.

**P**ONGA fin á este capítulo y sirva de resumen la autoridad del muy versado en ciencias divinas y humanas P. Pianciani. Alegadas y discutidas las sentencias de los antiguos escritores eclesiásticos, viene á concluir victoriosamente su razonamiento por estas palabras: «Luego débese afirmar que Dios, en el origen del mundo, al principio del tiempo, creó juntamente toda la materia que había de servir después para formar los cuerpos particulares. *Primero hechos, después compuestos son declarados*, dice Ambrosio'; y Gregorio; *La substancia de las cosas fué creada á la vez; mas no á la vez formada la hermosura; ni lo que existió de golpe por substancia de materia pareció luego por hermosura de forma*. Y Mario Victorino: *Para hacer este mundo la magnífica Sabiduría engendró por junto todas las cosas; pero, después de echadas estas semillas, adornó las cosas informes, revisitiéndolas de formas*'. Salomón Ben-Melech, con otros doctos judíos, interpreta las primeras dichas palabras de esta manera: *En el principio crió Dios la esencia del cielo y la esencia de la tierra*. Al cual parece conforme la versión siríaca, ni disuena san Efrén siro». Todo es del P. Pianciani en la explicación que trae de las palabras *cielo y tierra* en su *Cosmogonía*. Por donde se hace evidente, que en este primer verso consta sobremanera clara la creación de la materia elemen-

<sup>1</sup> *Lib. I*, *Hexamer.*, cap. vii.

<sup>2</sup> *L. I*, *Carm. in Genes.*

<sup>3</sup> *In Genes.*, I.

tal que debía dar consistencia á la fábrica de este mundo.

Resta ahora que satisficamos á las dificultades contrarias. Parece primeramente que imponer á los vocablos *cielo y tierra* una inteligencia desusada y sutil, como la que aquí se pretende, no lleva camino, porque ni es noción que á Moisés pudiese ocurrírsele, ni es concepto puesto al alcance del vulgo; y si *cielo y tierra* han de sonar materia informe, ¿dónde está la Escritura que legalice semejante abuso? Y luego, ¿qué hacen ahí dos palabras tan diversas para exprimir una misma idea? En fin; si este versículo aclama la primera y más substancial creación, ¿cómo no se anuncia con aquellas majestuosas palabras: *Hágase la materia informe*?

Antes de deshacer estos reparos, es del caso observar que ya en el primer día se proclama la creación de la luz, ¿y qué es la luz sino efecto de vibraciones, ó cualidad, decían los antiguos Escolásticos, de la materia? Siendo así que la luz presupone criados ya, y prontos á moverse y á vibrar, los elementos materiales, sin falta se ha de conceder que antes de la narración del primer día hubo de significar Moisés la creación de los átomos menudísimos, de cuyos vibramientos estallase el resplandor de la luz. Y que la comprendió en este verso, es obvio cuanto necesario; pues el segundo y tercero únicamente indican el estado y condición de la desaliñada mole; y materia tan principal no era razón se le pasase al historiador, que quería mostrarnos las obras de Dios. Esta primera y única creación debía llamarse *cielo y tierra*, «no porque eso fuese ya, sino porque eso había de ser», según la ingeniosa frase de san Agustín'; por cuya razón, la tierra no recibe de la boca de Dios nombre de tal sino cuando la se-

<sup>1</sup> *De Gen. contr. Manich.*, I.

para el Señor de las aguas, y el cielo es así llamado en el propio segundo día.

Esto supuesto, el atributo del verbo *bará*, reconocido aquí en las luces de los doctos por legítimo representante del universo sensible, abre camino para que entendamos que se trata de la materia que más encarece la omnipotencia de Dios; es á saber, de la materia informe y desnuda; de la cual, puesto que en todo el campo de la Escritura no se halla rastro ninguno dondequiera que se habla de formal creación, aquí se la descubre entrañada y sobreentendida. Por causa de esto, Moisés, atento á desvanecer nieblas en la inteligencia del *cielo* y la *tierra*, pintó á los hebreos en el segundo verso el estado de caos y confusión grande; que era hablarles según el uso, y decirles que allí se encerraba la universalidad de las cosas como en germen y en estado elemental y á punto de salir á luz.

El por qué *cielo* y *tierra*, siendo dos voces tan diferentes, deban importar una sola cosa, se dirá más adelante. Pero, ¿quién duda que, criada la materia elemental, era lo más conforme á razón introducir á Dios mandando que se haga luz, que se explaye el firmamento, que nazcan plantas, que se engendren animales, que parezcan lumincentes globos, como quien aguarda de la virtud de las causas segundas los efectos que en ellas atesoró? Y, por el contrario, era muy según la grandeza del poder divino sacar de sus infinitos tesoros los preciosos elementos, y por sí mismo, sin auxilio extraño, sin alar-

des de poderío, con la majestad de su infinita pujanza, dar firme, estable y bienaventurada existencia á la substancia que debía ser lo escogido y principal de los demás cuerpos compuestos. Los mandamientos de Dios quédense para cuando tenga súbditos que lleven adelante la fábrica, ornato y perfección de este suntuoso edificio; que para obrar Dios sin materia, á lo divino, él á sí mismo se basta, ni ha menester dar órdenes quien tan magníficamente obra. De manera, que dice el P. Corluy: «La creación, que se contiene en este primer versículo, no entra en la cuenta de los seis días: es la producción de los átomos simplicísimos sin cohesión ni combinación alguna, es la creación de toda la materia cósmica en estado de confusa masa, que los astrónomos suelen apellidar nebulosa primitiva.»

Con esto no se disminuye la dependencia que tienen del Supremo Hacedor todas las cosas; porque es suma, esencial, absoluta; quitársela sería despojar á Dios de su dominio: en todo pende de Dios su criatura, ora reciba de causas segundas la forma, ora reciba la materia, por cuanto ambas del poder divino emanan. La conservación, ¿qué es sino una perenne creación y continuación de aquel primer influjo, que Dios á los seres concedió en el criar la materia y en el formarla, y por momentos se le da, so pena de volverlos á la nada en apartando de ellos su poderosa mano?

• *Spicilgium*, t. 1, p. 176.



## CAPÍTULO X.

### EL ÉTER Y LA MATERIA CÓSMICA.

«*Calum et terram*» (V. 1.)

#### ARTÍCULO I.

Intento del primer versículo.—La opinión de Buckland no va conforme con los Padres alegados. — Determinase más en particular el poder de la voz *calum et terram*. — El quinto elemento de Aristóteles era el éter. — Cómo le describió Cicerón. — Cómo santo Tomás patrocinó la quinta esencia, que es el éter. — Ni disienten los peripatéticos posteriores.

CONSTA de lo dicho que este primer verso hace sentencia cabal de por sí. Es la fórmula inaugural de la creación del mundo sensible. Considerado en su más lata construcción, no define si Dios crió el mundo de alguna manera organizado, ó si solamente dió ser á los elementos materiales, para luego enriquecerlos de fuerzas, ordenarlos con leyes y sacar obras de perfecta hermosura. Mas la autoridad de los Santos, el juicio de los Doctores, el dictamen de los sabios modernos, nos inducen á pensar que, aunque Moisés no pretendió enseñarnos el modo y las circunstancias de la creación, insinuó con harta claridad que Dios había hecho de nada en el principio de todos los tiempos la materia de las cosas, criándola en su más eminente y prima esencia, á fin de llenar con su esplendor el mundo de nuevas formas de seres.

También parece inferirse de esta

consideración que, debiéndose significar aquí que las cosas comenzaron á ser en su materia informe, para recibir después especial disposición, no cabe ya imaginar que antes del primer día existieron muchos mundos, ni que primeramente fuese uno formado, después devastado, y echado á pique por un cataclismo universal, cuyo fin rematase en el caos de que hablan los versículos siguientes. Esa que ha sido hasta hoy la opinión de muchos autores ingleses, con Buckland á su cabeza, no parece pueda preciarse de tener por patronos los antedichos escritores. Porque si absolutamente hablando no repugna á la letra del texto, rompe y trastorna la trabazón que enlaza estos tres versículos, dando al primero un sentido totalmente extraño y sin relación con el segundo, cuando parecen entrambos estrechamente unidos. En lugar del pretérito imperfecto *erat* del segundo, leen estos autores *fué*, adulterando el original *hayah* (הָיָה), con que el sagrado escritor quiso figurar el estado de la materia criada, no la ruina y desolación del mundo; que si asolamiento hubiese querido expresar, de otra forma hubiera usado.

Además, los santos Padres y Doctores alegados, interin hacen diferencia de creación á formación de las cosas, introducen antes de todo día, en el in-